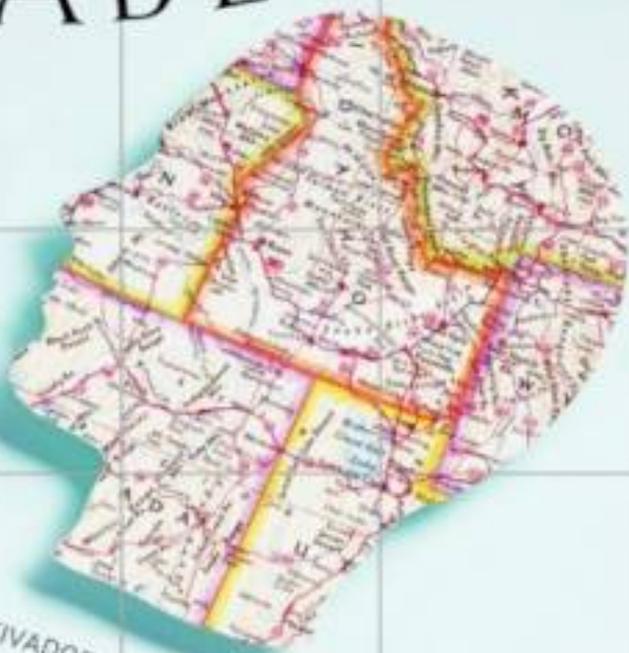
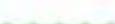


UN MAPA EN LA CABEZA



«UN LIBRO CAUTIVADOR, DIVERTIDO Y LLENO DE
INFORMACIÓN SORPRELENTE.» SLATE MAGAZINE

KEN JENNINGS

- | | |
|---|--------------|
|  | ANÉCDOTAS |
|  | HISTORIAS |
|  | Y |
|  | CURIOSIDADES |
|  | DE |
|  | LA |
|  | GEOGRAFÍA |

¿Por qué nos fascinan tanto los mapas? Un libro único y sorprendente sobre las curiosidades, historias y anécdotas presentes en los mapas y en la capacidad que ha tenido la cartografía para transformar el mundo. En el caso de que se haya preguntado alguna vez cuántas cosas se pueden hacer con un mapa, este libro de Ken Jennings es su libro. Ahora bien, un libro que va a desbordarle completamente porque lo que es seguro es que nadie había pensado que las posibilidades eran infinitas.

Desde el arranque, en el que el autor pone en relación perfiles geográficos que están alejadísimos pero que son idénticos, vamos de sobresalto en sobresalto. En el libro se encuentran todas las rarezas relacionadas con mapas: los cartógrafos de tierras imaginarias, los «roadtrippers», los amantes de la latitud, los afines a la longitud, la vida de los tipos que se dedican a Google Maps... Destaca, por ejemplo, la asistencia de Jennings al concurso interestatal de expertos en geografía o el grupo de tipos (escapados de un libro de Pynchon) que se dedican a estudiar al milímetro el sistema interestatal de carreteras, intentando buscar un error en los mapas...

Todo esto trufado con cientos de anécdotas sobre los mapas del pasado, su imprecisión, su utilidad, su exhibición como medio de prestigio, las técnicas de elaboración y conservación, la aplicación de la fotografía y de las matemáticas...

A mis padres.
Y al niño del mapa.

Capítulo 1

EXCENRICIDAD

excentricidad. f. Geom. Distancia entre el centro de la elipse y uno de sus focos.

Mi pasión es la geografía^[1].

PAT CONROY.

Dicen que no eres realmente adulto hasta que te llevas la última caja con tus cosas de casa de tus padres. Si eso es cierto, creo que seré eternamente joven y despreocupado como Dorian Gray mientras el cartón se enmohece y se deshace en casa de mis padres. Ya sé que los desvanes y sótanos de todos los padres del mundo tienen su correspondiente número de trastos, pero la montaña de cajas de dos metros y medio de altura que ocupa una parte del garaje de mis padres no es el típico montón de cachivaches. Parece más bien el almacén de la última secuencia de *En busca del arca perdida*.

La última vez que estuve en casa, me adentré en el caos con la esperanza de rescatar un cubo de plástico con Legos de mi infancia. Para disgusto de mi hijo de seis años, no lo encontré, pero me sorprendió toparme con una caja con mi nombre en el lateral, escrito con la cuidadosa caligrafía de mi yo adolescente. La caja era como un yacimiento arqueológico de mi adolescencia y mi niñez, empezando por cintas recopilatorias de R. E. M. y ejemplares de la revista *Spy*

en la parte superior, estratos de novelas de *Star Trek* y cómics de *Thor* a continuación y, en el fondo, mi mayor obsesión juvenil: un ejemplar del *Hammond's Medallion World Atlas* de 1979.

No me esperaba la emoción proustiana que experimenté al sacar el enorme libro verde del fondo de la caja. Las motas de polvo iluminadas por los rayos del sol detuvieron su danza; un coro etéreo empezó a cantar. Cuando tenía siete años, ahorré mi paga durante meses para comprar ese atlas, y se convirtió en mi posesión más preciada. Recuerdo que, a veces, permanecía en la cabecera de mi cama por las noches, junto a la almohada, donde la mayoría de los niños colocaban su juguete favorito o su oso de peluche. Hojeando sus páginas, pude ver que mi atlas había sido tan querido como cualquier peluche: los caracteres dorados de la cubierta acolchada estaban desgastados, las esquinas estaban abolladas, y la tapa estaba tan dañada que la mayor parte de Sudamérica se había desprendido y se había colocado boca abajo.

Todavía hoy sigo reconociendo de buen grado que soy un poco fanático de la geografía. Sé cuáles son las capitales de los estados —eh, incluso las de los estados australianos—. Lo primero que hago al entrar en una habitación de hotel es sacar la revista para turistas con su porquería de mapa de la ciudad. Mi lista secreta de los viajes que quiero hacer antes de morir no está compuesta por lugares aburridos como Atenas o Tahití. Quiero visitar sitios singulares, apartados de los caminos trillados, como Weirton, en Virginia Occidental^[2] (la única ciudad de Estados Unidos que tiene frontera con dos estados además del suyo), o la isla Victoria, en el territorio autónomo canadiense de Nunavut (donde se encuentra la mayor «triple isla» del mundo, es decir, la mayor isla en un lago de una isla en un lago de una isla^[3]). Pero mi amor infantil por los mapas, empecé a recor-

dar mientras hojeaba el atlas, era mucho más que una rareza ocasional. Me obsesionaban.

En aquel entonces, podía pasarme literalmente horas mirando mapas. Era un lector rápido y voraz, plenamente consciente de que una nueva página de Roald Dahl o de la Encyclopedia Brown solo me duraría unos treinta segundos. Sin embargo, cada página de un atlas representaba un tesoro casi inagotable de nombres, formas y lugares, y me encantaba aquella sensación de profundidad y minuciosidad. Los viajeros regresan muchas veces a sus lugares favoritos, piden el mismo plato en el mismo café y contemplan la puesta de sol desde el mismo mirador. Yo, como viajero asiduo desde mi sillón, podía hacer lo mismo y disfrutar de la familiaridad de las vistas, sorprendiéndome siempre por detalles nuevos. Ver cómo Ardmore, en Alabama, está a tan solo una treintena de metros de su vecina Ardmore, en Tennessee, mientras que entre Saint George en Alaska y Saint George en Carolina del Sur hay una distancia de 6925 kilómetros. Ver cómo la costa con forma de encaje de la península de Musandam, en el extremo septentrional de la nación árabe de Omán, es un intrincado copo de nieve fractal que se extiende al estrecho de Ormuz. A los niños les encanta buscar nuevos detalles minúsculos en un océano de complejidad. Se trata del mismo principio que ha hecho que se vendan tropecientos millones de libros de *¿Dónde está Wally?*

Los cartógrafos tienen que saber que, para muchos amantes de los mapas, los detalles no son un medio sino un fin. El globo terráqueo que hay ahora mismo a la derecha de mi escritorio es bastante compacto, pero en él tienen cabida toda clase de aldeas remotas del oeste de Estados Unidos: Cole, Kansas; Alpine, Texas; Burns, Oregón; Mott, Dakota del Norte (con una población de 808 habitantes, más o menos la misma que una o dos manzanas del Upper East Side de Manhattan). Incluso Ajo, en Arizona, ha pasado el corte, y ni siquiera se incluye como pueblo; ofi-

cialmente se trata de un «lugar designado por el censo» (CDP por sus siglas en inglés). ¿Qué tienen en común todos esos lugares, aparte del hecho de que nadie los ha visitado jamás sin haberse quedado antes sin gasolina? En primer lugar, todos tienen nombres cortos y bonitos. En segundo, cada uno de ellos es la única población en muchos kilómetros a la redonda. Así que ocupan perfectamente un espacio vacío en el globo terráqueo, de manera que hacen que el conjunto parezca más repleto de información.

Pero también recuerdo un instinto contrario en mi joven mente: una pasión por la forma en que los mapas podían sugerir aventuras al insinuar lugares inexplorados. Joseph Conrad escribió divinamente acerca de este impulso al inicio de *El corazón de las tinieblas*:

Quando era pequeño tenía pasión por los mapas. Me pasaba horas y horas mirando Sudamérica, o África, o Australia, y me perdía en todo el esplendor de la exploración. En aquellos tiempos había muchos espacios en blanco en la Tierra, y cuando veía uno que parecía particularmente tentador en el mapa (y cuál no lo parece), ponía mi dedo sobre él y decía: «Cuando sea mayor iré allí^[4]».

Quando yo era «pequeño» en el mapa seguía habiendo (y hay) algunas zonas en blanco: Siberia, la Antártida, el interior de Australia^[5]. Sin embargo, sabía que esas lagunas no estaban vacías simplemente porque eran accidentadas y remotas; estaban vacías porque en realidad nadie quería vivir allí. Eran lugares de la Tierra que, en fin, eran una porquería. Así que yo nunca puse el dedo en los glaciares de Groenlandia y dije: «¡Iré allí!» como el Marlow de Conrad. No obstante, me gustaba que existieran. Incluso en un mapa en el que figuraban lugares tan pequeños como Ajo, Arizona, quedaba siempre algo de misterio.

Y luego estaban aquellos asombrosos nombres de lugares. Durante las horas que pasaba enfrascado en los mapas, murmuraba secretamente para mí: los nombres de los ríos africanos («Lualaba... Jumba... Limpopo...»), los picos de los Andes («Aconcagua... Yerupajá... Llullaillaco...») y los condados de Texas («Glasscock... Comanche... Deaf Smith...»). Eran contraseñas secretas para adentrarse en otros mundos, en muchos casos más mágicos, estoy seguro, que los lugares en sí.

En mi primer atlas, debajo de cada mapa había unas listas escritas con letra diminuta en las que aparecía la población de miles de pueblos y ciudades, y yo las estudiaba minuciosamente en busca de lugares ridículamente poco poblados como Scotsguard, Saskatchewan (número de habitantes: 3) o Hibberts Gore, Maine (número de habitantes: 1^[6]). Soñaba con vivir un día en uno de esos lugares seductores; una vida solitaria, sin duda, pero ¡imagínate qué nivel de celebridad! ¡El único habitante de Hibberts Gore, Maine, es mencionado específicamente en el atlas mundial! Bueno, casi^[7].

Las formas de los lugares me parecían tan atrayentes como sus nombres. Sus perfiles estaban llenos de personalidad: Alaska tenía un perfil regordete que sonreía benévolamente hacia Siberia; Maine era un guante de boxeo; Tailandia tenía una cola de mono. Admiraba los territorios toscamente rectangulares como Turquía, Portugal y Puerto Rico, los cuales me parecían robustos y respetables, pero no así lugares rectangulares más definidos como Colorado o Utah, cuya perfección geométrica hacía que pareciesen adiciones falsas y forzadas al mapa nacional. Notaba inmediatamente cuándo dos zonas tenían contornos parecidos — Wisconsin y Tanzania, el lago Michigan y Suecia, la isla de Lanai y Carolina del Sur— y decidía que, de algún modo, tenían que ser almas gemelas geográficamente hablando. Hoy en día, cuando veo la Columbia Británica en un mapa,

sigo pensando que se trata de una versión más robusta y musculosa de California, y que los canadienses tienen que ser más robustos y musculosos que los californianos.

Separadas al nacer.

Para mí, aquellas formas de los mapas tenían vida propia, independiente de su territorio. Mirar fijamente un mapa durante mucho tiempo era como repetir una palabra una y otra vez, hasta que desaparece su significado. Para mí, Uruguay dejaba de representar una nación real; era solo *aquella forma*, aquella lágrima ligeramente torcida. Veía aquellas formas incluso después de cerrar el atlas, impresiones visuales que seguían flotando en los ojos de mi mente. Los nudosos paneles de madera de pino que recubrían el dormitorio de mis abuelos en el piso de arriba estaban llenos de curvas y espirales que me recordaban a fiordos y lagunas lejanas. El charco de un aparcamiento era el lago Okeechobee o el mar Negro. La primera vez que vi a Mijaíl Gorbachov en televisión, recuerdo que pensé inmediatamente que su famosa marca de nacimiento era *exactamente igual* que el mapa de Tailandia^{[8][9]}.

Cuando tenía diez años, mi querido Hammond no era más que uno de los atlas de la colección que había en la estantería de mi habitación. Mis padres los llamaban mis «atli», aunque ya en aquel entonces estaba bastante seguro de que la forma del plural no era la correcta. Atlas de carreteras, atlas históricos, atlas de bolsillo. Ojalá pudiera decir que examinaba mis mapas con la penetrante mirada de un científico, fijándome en las cuencas, la deforestación y la densidad de población, y diciendo cosas que sonasen bien como «Ajá, esa debe de ser una zona de subducción». Pero me temo que no era esa clase de aficionado a los mapas. Al principio no era consciente de las referencias ecológicas, geológicas e históricas de los mapas; simplemente me sen-

tía atraído por su amplitud, su tipografía minúscula y su clasificación metódica. A mi padre también le gustaban los mapas, pero prefería el atlas británico negro de la sala de estar, una edición de la década de 1970 de la editorial Philip en la que todos los mapas eran «hypsométricos». Los mapas hipsométricos son aquellos que representan el terreno con colores vivos: verde para las elevaciones pequeñas, marrones y púrpuras para las grandes. Le gustaba poder ver cartografiada la topografía, pero yo prefería los nítidos mapas políticos publicados por Hammond o National Geographic, en los cuales las ciudades y pueblos destacaban claramente con su territorio sombreado suavemente, y las fronteras estaban delimitadas en tonos pastel.

De hecho, hoy en día siguen sin gustarme los mapas hipsométricos. Me parecen aburridos y anticuados, como los que uno esperaría ver desplegados en una pizarra por un profesor rancio de los años sesenta^[10]. Pero hay algo más. Debo admitir que los mapas me siguen gustando por su orden y sus detalles tanto como por lo que pueden mostrarnos del mundo real. Un buen mapa no es solo una representación útil de un lugar. También es por sí mismo un bonito sistema.

Los mapas son más antiguos que la escritura, por lo que, lógicamente, en el mundo de la cartografía no existe un informe escrito sobre un hito comparable a la manzana de Newton, ni de un cazador-recolector diciendo: «Eh, cariño, hoy he dibujado el primer mapa del mundo». Cada cierto tiempo, las publicaciones científicas e incluso los titulares de los periódicos anuncian a bombo y platillo el reciente descubrimiento del «mapa más antiguo del mundo». Pero, tanto si el nuevo mapa más antiguo es una pintura rupestre en España, un colmillo de mamut grabado en Ucrania, o petroglifos en una roca del río Snake en Idaho, los hallazgos tienen siempre una cosa en común: un grupo de eruditos enojados que afirman que no, que no se trata de un mapa; es un pictograma, un dibujo del paisaje o un ar-

título religioso, pero no un *auténtico* mapa. Cuando se desenterró una pintura críptica en el yacimiento neolítico de Çatalhöyük en Anatolia en 1963, su descubridor, James Mellaart, afirmó que el artículo religioso de ocho mil años de antigüedad era un mapa de la zona. Aseguraba que los recuadros que recordaban a fichas de dominó, dibujados en la parte inferior de la pared, representaban el pueblo, y la forma puntiaguda y moteada de color naranja que había encima tenía que ser el cercano volcán Hasan Dag con sus dos cumbres gemelas. Los cartógrafos se volvieron locos, y los historiadores peinaron el dibujo en busca de pistas sobre las erupciones históricas en la zona. Solo hay un problema: investigadores posteriores han concluido que aquella cosa moteada probablemente no *pretendía* ser un volcán; se trata de una piel de leopardo extendida^[11]. No se trata de lava brotando, sino simplemente de unas garras. Ergo, el mural nunca fue un mapa. La embarazosa incapacidad de los arqueólogos para distinguir un leopardo de un volcán es fruto del mismo síndrome que me llevaba a mí a ver líneas de costa en los paneles de madera de casa de mis abuelos. Se denomina «cartacacoethes»: la incontrolable tendencia a ver mapas en todas partes.



El mural de Çatalhöyük. ¿Volcanes o leopardo? Tú decides.

Muchos de los primeros protomapas sí que tienen ciertas similitudes con la cartografía moderna, pero se trata de

una línea borrosa: su importancia fundamental era probablemente artística o espiritual. Las características fundamentales que hoy en día asociamos a los mapas evolucionaron de forma gradual a lo largo de milenios^[12]. Por ejemplo, encontramos por primera vez direcciones cardinales en mapas de Babilonia grabados en tablillas de arcilla de cinco mil años de antigüedad, pero luego no aparecen distancias durante otros tres mil años; el ejemplo más antiguo del que disponemos es un plato de bronce de la Dinastía Zhou en China. Tuvieron que pasar varios siglos hasta encontrar el mapa de papel más antiguo, un papiro griego que representa la Península Ibérica de la época de Jesucristo. La rosa de los vientos aparece por vez primera en el Atlas Catalán de 1375. Los mapas «coropléticos», aquellos en los que las zonas están coloreadas para representar valores diferentes a escalas diversas, como los mapas rojos y azules de la noche electoral, se remontan solamente a 1826^[13].

No obstante, si bien el «descubrimiento» histórico de los mapas fue un proceso lento y gradual, la forma en que los modernos locos por los mapas descubren los mapas de pequeños recuerda más bien a cómo debieron de descubrir el fuego los hombres de las cavernas: como un relámpago. Ves ese primer mapa y tu mente cambia por completo, probablemente para siempre. En mi caso, el mapa decisivo fue un puzle de madera de los cincuenta estados de Estados Unidos que me regalaron por Navidad cuando tenía tres años; uno de esos en los que Florida está decorada con palmeras y Washington con manzanas. Sorprendentemente, en mi puzle, Nebraska tenía un dibujo de una familia de cerdos. Las dos penínsulas de Michigan estaban unidas en una sola pieza, lo cual hizo que durante años creyese que Michigan era una única masa de tierra abultada con forma de bolso de señora.

Para otros niños fue el globo terráqueo del despacho de papá, el atlas desplegado sobre la moqueta del salón, o

el mapa gratuito de una gasolinera durante unas vacaciones en Yosemite. Al parecer, muchas de las obsesiones norteamericanas por los mapas del siglo XX empezaron en el mismo sitio en el que fueron concebidos muchos norteamericanos: el asiento trasero de un Buick. Pero, fuese cual fuese el mapa, bastaba con uno. La cartofilia, el amor por los mapas, es un amor a primera vista. Debe de ser algo predestinado, escrito en los cromosomas.

Ha sido así durante siglos. ¿Que cómo era el mapa de madera con el que perdí mi virginidad cartográfica cuando tenía tres años? Se les denominaba «mapas diseccionados» y datan de la década de 1760, época en la que constituían un juguete enormemente popular. Son los antepasados de todos los puzzles modernos^[14]. Para los niños de la época victoriana, el primer mapa era habitualmente el que aparecía en la Biblia de la familia o del colegio, ya que a menudo el mapa de Tierra Santa era la única nota de color en un vasto océano de estirpes y contemplaciones. ¡Nada como un árido sermón de dos horas sobre el Libro de las Lamentaciones, para que un sencillo mapa pareciese de repente algo fascinante en comparación! Aquella única página atrajo probablemente más atención juvenil que todo el resto del libro sagrado; Samuel Beckett bromea en *Esperando a Godot*, cuando dice que sus dos personajes, Vladimir y Estragón, nunca han leído los evangelios, pero recuerdan perfectamente que el mar Muerto era «azul pálido^[15]». Joseph Hooker, el gran botánico británico, escribió en una ocasión a su íntimo amigo Charles Darwin que su primer contacto con los mapas había sido un «mapa del mundo antes del diluvio» en la escuela dominical, el cual, decía, se había pasado estudiando años durante su «tierna infancia^[16]». Aquel mapa despertó en él un interés en la exploración y la ciencia que conservaría toda su vida, durante la cual ayudó a Darwin a desarrollar la teoría de la evolución.

En el siglo xx, cuando los niños ya pasaban menos tiempo delante de las Biblias, el consabido mapa colgado en la pared de la clase ejercía la misma función: algo que mirar cuando el aburrido monólogo sobre fracciones o sobre *Johnny Tremain* empezaba a transformarse en «bla, bla, bla», el zumbido sin palabras del profesor de un especial de televisión de *Snoopy*. De hecho, me he dado cuenta hace poco de *por qué* me sé todas las capitales de los estados de Australia: en segundo curso, mi pupitre estaba al lado del tablón de anuncios en el que estaba colgado el mapa del mundo. Mi cabeza estaba a escasos centímetros de Darwin, Adelaida y, hum, Hobart. (¿Lo veis? Todavía me acuerdo). En cambio, si hubiera sido un poco más alto, probablemente sería un experto en Indonesia o en Japón.

Hace poco, estaba llevando a mi amigo Todd al aeropuerto, y, mientras me contaba los planes de sus vacaciones, se reveló como un fanático de la geografía. (Por cierto, conocía a Todd desde hacía años, pero fue en ese momento cuando descubrí que aquello era algo que teníamos en común. La gente aficionada a los mapas a veces vive metida en el armario durante años, ya que, al parecer, la cartofilia es uno de los últimos amores cuyo nombre no se atreven a pronunciar). Alardeaba de que, gracias a los años que había pasado enfrascado en los atlas durante su infancia, todavía podía decir de carrerilla los nombres de todas las capitales del mundo, de manera que así fue como pasamos el resto del trayecto. Ambos descubrimos que las capitales que se nos resistían no eran las más desconocidas (¡Bujumbura, Burundi! ¡Puerto España, Trinidad y Tobago!), sino más bien importantes ciudades europeas como Bratislava, Eslovaquia, y Kiev, Ucrania. ¿Por qué? ¡Porque esas ciudades habían cometido el crimen de convertirse en capitales nacionales *después* del final de la Guerra Fría, cuando Todd y yo ya no éramos niños de nueve años que memorizaban ma-

pas! Apparently, nuestros conocimientos de geografía son como los conocimientos de los ordenadores personales de tus abuelos: acaban en 1987.

Sospecho que Todd y yo no estamos ni mucho menos solos en esto; que el hambre de mapas (¿mapetito?) de mucha gente llega a su punto álgido en la infancia. Ello se debe en parte al hecho de que nadie está jamás tan obsesionado por *algo* como un enloquecido niño de siete años; estoy seguro de que esta semana mi hijo Dylan piensa en dinosaurios más de lo que cualquier paleontólogo adulto ha pensado jamás. La semana que viene probablemente se tratará de naves espaciales, plantas carnívoras o coches deportivos.

Sin embargo, parece que los mapas tienen algo que los hace especialmente irresistibles para los niños. Veamos: francamente, los hobbies nostálgicos son adoptados por personas de mediana edad como una forma de avergonzar a los hijos adolescentes. Es entonces cuando papá se obsesiona de repente con el Dixieland jazz, observar pájaros, o elaborar cerveza en el sótano. Eso no pasa con el amor por los mapas, el cual se adquiere en la época en la que tomas sidral o no se adquiere nunca. De hecho, recuerdo que mi pasión por los mapas se enfrió repentinamente alrededor de la pubertad; enseguida descubres que saberse los nombres de todas las Antillas Holandesas no te hace tener éxito con las chicas. En la universidad, durante una breve temporada tuve a un agradable aunque empollón compañero de habitación canadiense llamado Sheldon. (Nota: ¡primer nombre de bicho raro no inventado para esta historia!) Sheldon se mudó al apartamento el 1 de septiembre y, para cuando llegamos los demás, ya tenía el salón, la cocina, las habitaciones y todo el piso empapelado con docenas de mapas del *National Geographic*. Puse los ojos en blanco y me resigné ante el hecho de que no íbamos a ver ni a una sola chica en el apartamento jamás. Pero en tercer grado, estoy seguro de que aquello me habría parecido alucinan-